

CÉSAR ANTE ALESIA

Michel Reddé

Michel Reddé

Una vez levantado el sitio de Gergovia, que no pudo tomar por asalto, César remonta hacia el norte para reunirse con Labienus, en la tierra de los Senones. Entonces es estratégicamente derrotado, frente a una Galia en rebelión general, y no tiene otra opción que volver a bajar hacia la *Provincia*, “para socorrer<la> más fácilmente”, según su relato, que no engaña a nadie sobre la situación real en la que se encuentra. Para esta verdadera retirada, el valle del Saona, en manos de los Heduos que acaban de traicionarle, le está vedado y el procónsul no tiene otra solución que intentar un paso por el este, por la tierra de los Secuanos. En algún lugar, al sur del territorio Lingon, se encuentra con Vercingétorix y es obligado a combatir. Pero la fortuna de la guerra cambia de campo y la caballería germánica de César derrota a la caballería gala, lo que obliga a Vercingétorix a meterse en el oppidum más próximo: Alesia.

Al menos, así lo cuenta el relato de César en el libro VII de la *Guerra de las Galias*. Se puede glosar indefinidamente sobre las intenciones de los jefes, preguntarse si Vercingétorix intentó atraer a César a una trampa fijando sus tropas ante Alesia para aplastarlas mejor, tras un plan estratégico sabiamente concebido a escala de toda la Galia, o si por el contrario se comportó como un principiante haciendo frente, en primer lugar, a las legiones en batalla organizada y después dejándose imprudentemente encerrar en una plaza fuerte demasiado pequeña para su ejército. El debate no está zanjado y es muy posible que no lo esté nunca, habida cuenta del hecho de que nuestra única fuente reside en el texto de César, cuya credibilidad, como es sabido, debe ponerse en tela de juicio (Rimbaud 1953).

Es a Napoleón III a quien corresponde el honor de haber localizado Alesia sobre la colina de Alise-Sainte-Reine, al sudeste de Montbard,

a continuación, por otra parte, de una tradición muy antigua confirmada por una larga inscripción en lengua gala que indica claramente que, bajo el Imperio, la aldea galo-romana llevaba el nombre de ALISIA (Lejeune 1979). Un breve examen del mapa (fig. 1) muestra que el terreno identificado por el Emperador responde a la descripción de César, a fin de cuentas, muy concisa y escasa en detalles: “La ciudad propiamente dicha estaba en la cumbre de una colina, a una gran altitud... La base de la colina estaba bañada por dos corrientes de agua por los dos lados. Delante de la ciudad se extendía una llanura de unas tres millas; por los demás lados la colina estaba rodeada a poca distancia de alturas cuya altitud igualaban la suya” (BG VII, 69). Aunque la disputa –puramente franco-francesa– sobre la identificación de Alesia no ha cesado desde el segundo Imperio, no será multiplicando las glosas de este texto, especialmente lacónico, como se zanjará la cuestión de la localización del *oppidum Mandubiorum*. Más vale apoyarse en excavaciones arqueológicas, claramente documentadas, y en un informe de fotografías aéreas particularmente rico y demostrativo; con estos puntos esenciales, el informe de Alise-Sainte-Reine no tiene rival.

En 1861 Napoleón III ordena la realización de excavaciones y las coloca bajo los auspicios de la Comisión de Topografía de las Galias. Se procedía entonces por tramos estrechos de los que se observaban los cortes. Una vez marcada una línea, se desplazaban lateralmente unos metros y volvían a comenzar; se hizo así el recorrido del emplazamiento en cinco años de campañas intensivas, dirigidas a partir de septiembre de 1862 por E. Stoffel. Cuando se descubría material, se vaciaba una parte de fosa. Con esta técnica, conforme a los métodos arqueológicos de la época, apenas se podían mostrar más que estructuras en huecos de grandes dimensiones. Salvo afortunadas casualidades, las pequeñas estructuras asociadas –torres, fortificaciones con salientes– han pasado casi siempre desapercibidas. Se dispone desde hace poco de trazados en sección y en plano efectuados en aquella época, así como de una parte de la correspondencia intercambiada con ocasión de los trabajos (Le Gall 1989). Estos documentos permiten medir la distancia que separa el momento de las excavaciones, de los planos, publicados por Napoleón

III en la *Historia de Julio César*, durante mucho tiempo los únicos disponibles. Basándose en el texto de César, los excavadores de la época distinguieron dos líneas aproximadamente concéntricas, que rodean Alesia; la primera de 15 kilómetros, alrededor del *oppidum* y destinada a bloquear toda clase de asedios, se llamó “contraavalación”; la segunda de 20,700 km., dirigida hacia el exterior, contra el ejército de refuerzo, fue llamada “circunvalación”.

Contrariamente a lo que a menudo se cree, no hubo ninguna excavación de envergadura entre 1865 y 1991, fecha en la que el Ministerio de Cultura decidió retomar los trabajos a gran escala, en el marco de un vasto proyecto de ordenación del emplazamiento. El programa, en vías de finalización, asoció un equipo francés con otro alemán de la *Römisch-Germanische Kommission* de Francfort y lleva a modificar radicalmente la visión que se tenía de los trabajos del sitio (Reddé y von Schnurbein 1993; 1995). Lo que permite confrontar el texto de César y la realidad del terreno, y también volver a evaluar algunos de nuestros conocimientos en materia de arqueología militar y de material.

Texto literario y realidad arqueológica

César, en una serie de anotaciones famosas, describe con cierto detalle el conjunto del sistema de fortificaciones que había puesto en práctica para bloquear a Vercingétorix y al mismo tiempo protegerse él mismo contra las salidas de los sitiados y contra el ejército de refuerzo que el jefe galo había convocado urgentemente llamando al conjunto de los pueblos coaligados. “Los trabajos que emprendían los romanos se desarrollaban sobre una extensión de diez millas. Los campamentos se habían situado en los lugares convenientes y se habían construido, también con buena ubicación, veintitrés puestos fortificados... [César] cavó una fosa de veinte pies de ancho y de lados verticales, de manera que la anchura del fondo fuera igual a la distancia entre los dos bordes; dejó entre esta fosa y las demás fortificaciones una distancia de cuatrocientos pies... Luego, habiendo dejado un intervalo parecido entre esta línea y la siguiente, cavó dos fosas de quince pies de ancho y de la misma

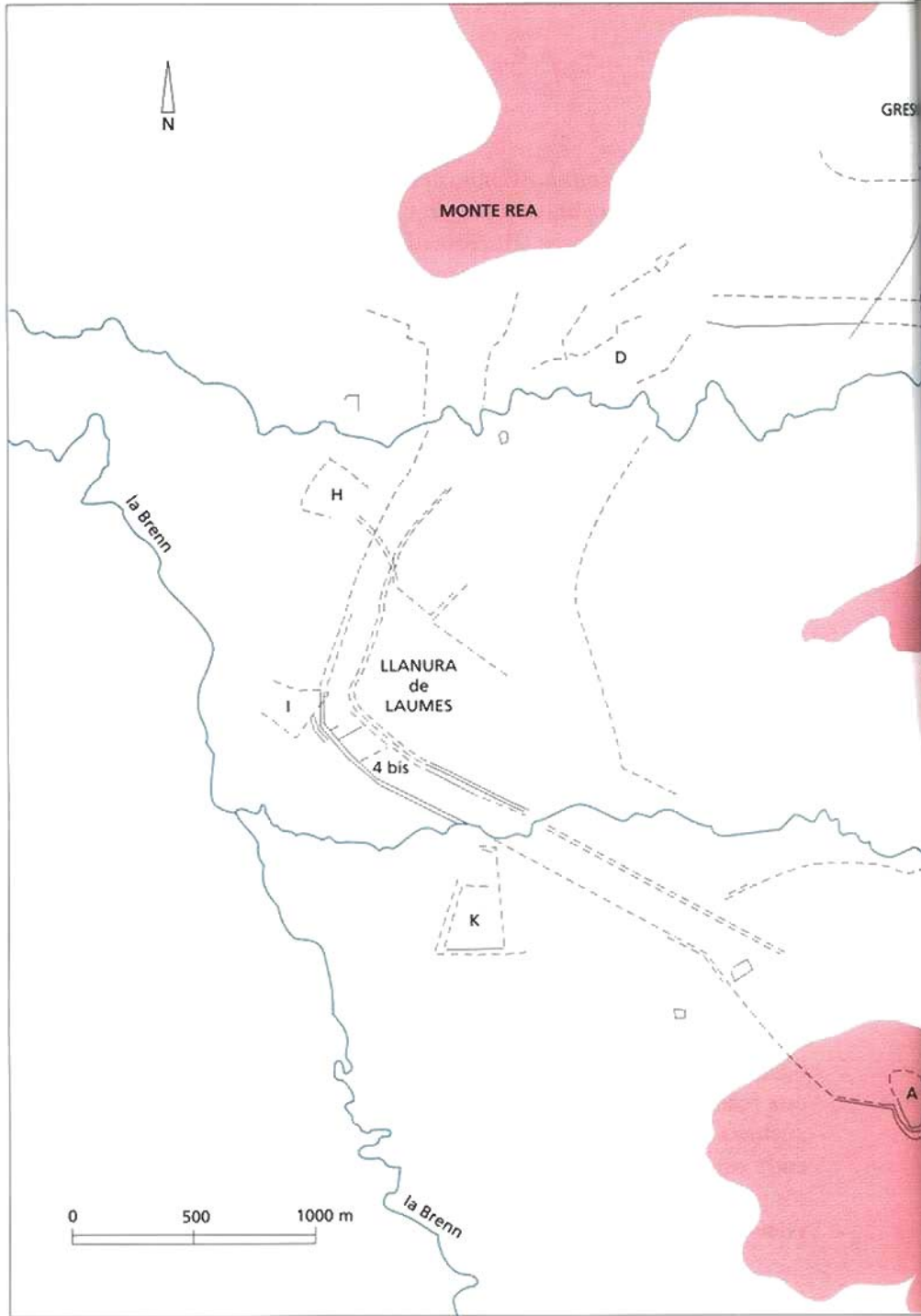
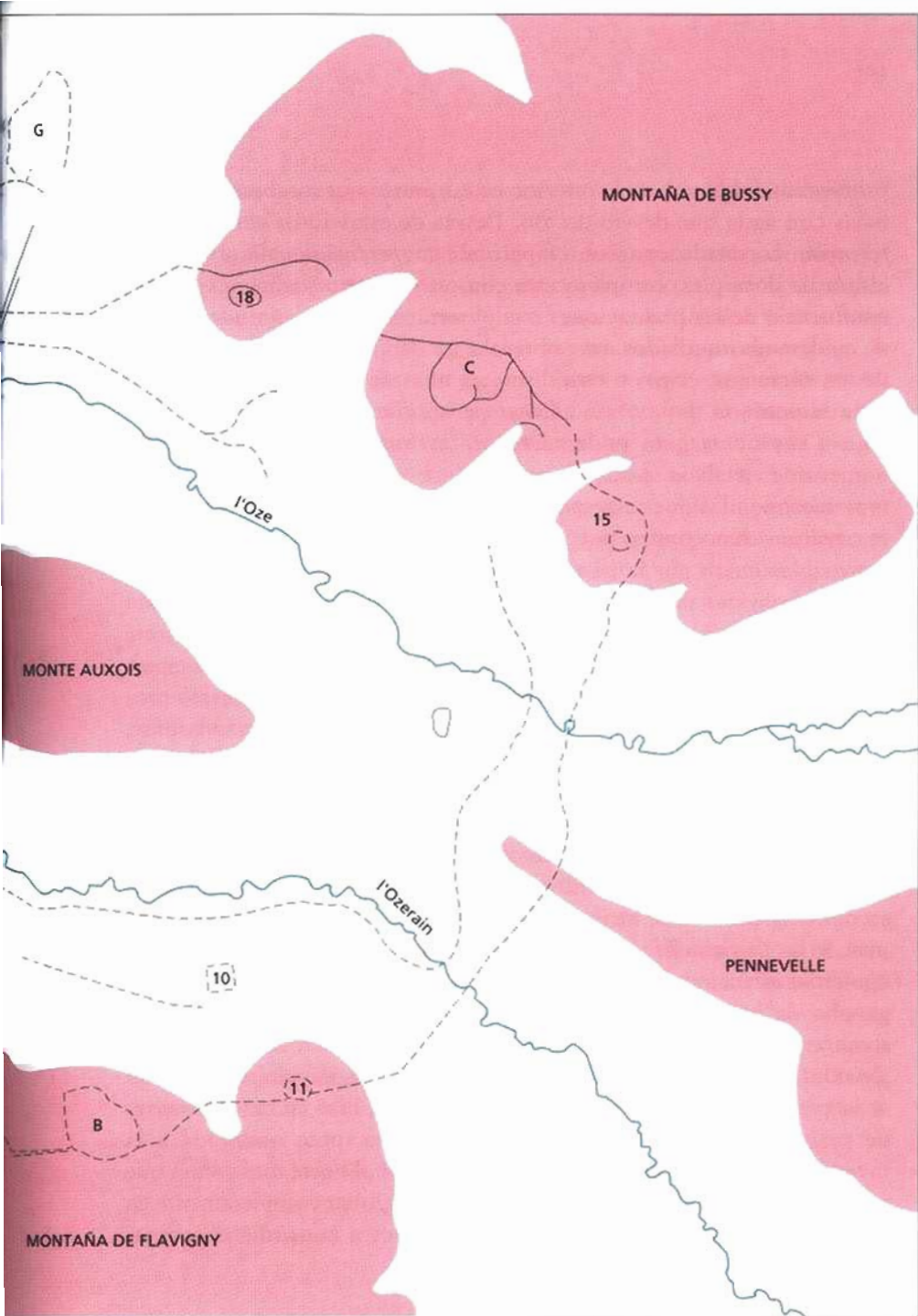


Fig. 1. Plano general del asedio



profundidad. Llenó la fosa interior, en las partes que estaban en llano y bajas con agua que desvió del río. Detrás de estas fosas construyó un terraplén coronado con una empalizada (*aggerem ac vallum*) de una altura de doce pies; completó esta con un parapeto y almenas y en la confluencia de las plantaciones con el terraplén colocó grandes trozos de madera ahorquillados que sobresalían y debían retardar la ascensión de los enemigos; erigió torres distantes unas de otras ochenta pies en toda la periferia de la obra... César pensó que debería todavía sumar algo a sus obras para poder defender la fortificación con el menor número de efectivos. Así que se cortaron troncos de árboles de ramas muy fuertes, a las que se despojó de la corteza y se sacó punta; después se cavaron fosas continuas y profundas, de cinco pies. Hincaban estas estacas, las unían por la parte de abajo para impedir que pudieran ser arrancadas y no dejaban sobresalir nada más que el ramaje. Había cinco hileras, unidas y entrelazadas: los que se introducían en esta zona se empalaban con la punta acerada de las estacas. Se les llamaba cipos. Ante ellos, se cavaban, en hileras oblicuas y al tresbolillo, agujeros profundos de tres pies que se iban estrechando poco a poco hacia la base. Se hincaban estacas lisas del grosor del muslo, cuya extremidad superior había sido tallada en punta y endurecida al fuego; sólo se les dejaba sobrepasar el suelo en cuatro dedos; por otra parte, para asegurar la solidez y firmeza, se rellenaban los agujeros, de una altura de un pie, de tierra prensada; el resto estaba recubierto de ramaje y maleza para esconder la trampa. Se hicieron ocho líneas, distantes unas de otras tres pies. Se les llamaba lirios, por su parecido con esta flor. Delante de estos agujeros, estacas de una longitud de un pie en las que se hincaba un gancho de hierro, estaban completamente enterradas en el suelo; se sembraron por todas partes y a intervalos cortos; se les llamaba agujones. Una vez concluidos estos trabajos, César, siguiendo, tanto como se lo permitía el terreno, la línea más favorable, hizo en catorce millas de perímetro, una fortificación parecida a esta, pero orientada a la inversa, contra los ataques del exterior... Había al norte una colina que por su vasta superficie no habíamos podido englobar completamente en nuestras líneas y nos habíamos visto obligados a construir el campa-

mento sobre un terreno casi desfavorable, sobre una ligera pendiente” (BG VII, 69-74).

En la actualidad, este modelo de dos fosas precedidas de un triple sistema de defensas avanzadas debe ser cuestionado en su totalidad después de las nuevas excavaciones. En efecto, se distinguen varios casos completamente distintos de un sector al otro, así como variaciones de una línea a otra en el interior de un mismo sector, véase en la misma línea (fig. 2). Estas diferencias se explican a veces por la naturaleza del material de construcción, extraído del lugar –se emplea tanto la piedra, como la hierba, como muralla bajo empalizada de madera– a veces, por la topografía –las defensas de llanura son mucho más imponentes que las de las mesetas, menos amenazadas,– otras veces, por la simple preocupación de variar el sistema, lo que es un modo de engañar al enemigo. En muchos casos, la observación arqueológica se hace penosa, bien porque las tareas o las roturaciones antiguas o modernas han hecho desaparecer las huellas bastante tenues, o bien, porque las pequeñas estructuras excavadas, que han permanecido abiertas poco tiempo, se distinguen muy mal del material que encajona. Por último, el mismo tipo de defensa puede presentarse desde el punto de vista arqueológico bajo formas diferentes, según el emplazamiento o el material de que está hecho; así, a algunas decenas de metros de intervalo, los *cippi* de la llanura de Laumes instalados ante la fosa 3 de la contravalación se traducen tanto en un alineamiento regular de pequeñas fosas rellenas de grava, como en bloques de marga que sirven de apuntalamiento, como en pequeñas fosas continuas, en forma de U. Este último tipo se encuentra en Grésigny, delante de la circunvalación, y las observaciones son aún diferentes en la circunvalación de Bussy donde los *cippi*, cavados en este lugar en la roca, presentan, en el mejor de los casos, un sistema de apuntalamientos de piedras bloqueadas en la fosa. Sólo una tabla de conjunto permite medir todas las variaciones realizadas por los legionarios de César a partir de un mismo modelo de poliorcética.

Sector	Contraivalación				Circunvalación			
	MATERIAL DEL AGGER	DISTANCIA ENTRE LAS TORRES	NÚMERO DE FOSAS	TIPO DE DEFENSAS AVANZADAS	MATERIAL DEL AGGER	DISTANCIA ENTRE LAS TORRES	NÚMERO DE FOSAS	TIPO DE DEFENSAS AVANZADAS
Llanura de Laumes	hierba	15 m.	3	<i>cippi + stimuli</i>	hierba	17 m.	2	<i>stimuli o lilia</i>
Llanura de Grésigny	hierba	15 m.	1 o 2	<i>lilia o cippi</i>	hierba	17 m.	1	<i>cippi</i>
Valle del Oze	piedra	¿?	1	<i>cippi</i>	xxxxx	xxxxx	xxxxx	xxxxx
Valle del Ozerain	¿piedra?	¿?	1	<i>cippi</i>	¿piedra?	¿?	1	<i>cippi</i>
Montaña de Bussy	xxxxx	xxxxx	xxxxx	xxxxx	piedra	+ 60 m.	1	<i>cippi</i>
Mont. de Flavigny	xxxxx	¿?	xxxxx	xxxxx	piedra	¿?	1/2	<i>cippi</i>

Para ser exactos, esta tabla merecería ser ampliamente comentada, sector por sector, lo que excedería el marco del propósito actual, y nos contentaremos con remitir a las descripciones ya efectuadas en otro lugar (Reddé y von Schnurbein 1993; 1995). A pesar de la amplitud de las investigaciones efectuadas desde 1991 y los progresos realizados, nuestros conocimientos actuales tienen todavía y continuarán teniendo lagunas, a causa de la extensión del emplazamiento: así, los valles del Oze y del Ozerain son poco o nada conocidos, igual que la situación en el Penneville, al este del *oppidum*. Habida cuenta de la extrema variabilidad de las estructuras, únicamente una multiplicación de los sondeos permitiría adquirir una visión precisa de las líneas.

Así pues, se puede medir la distancia que separa el documento literario del terreno, apreciar el modo en el que César escribe la historia y el crédito que debe concederse a un texto, a pesar de todo, célebre. No es que esté

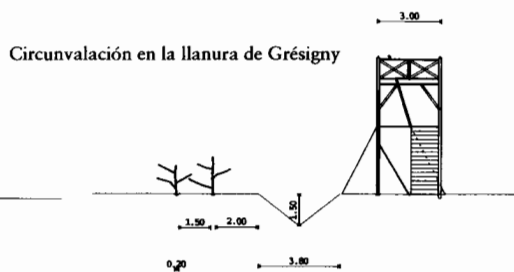
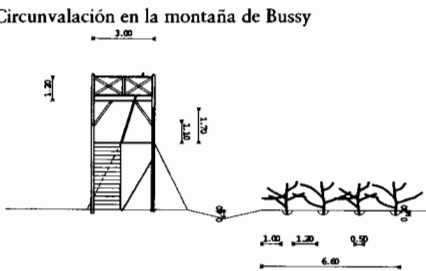
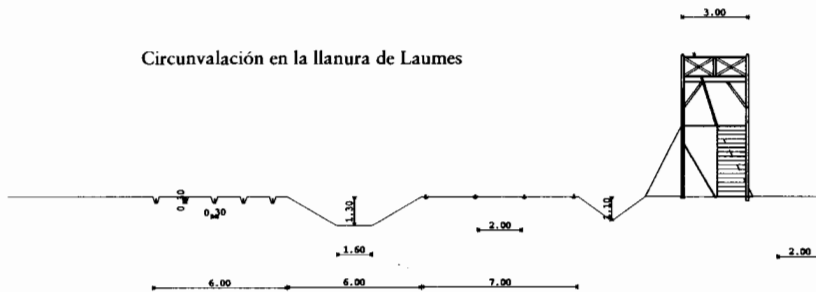
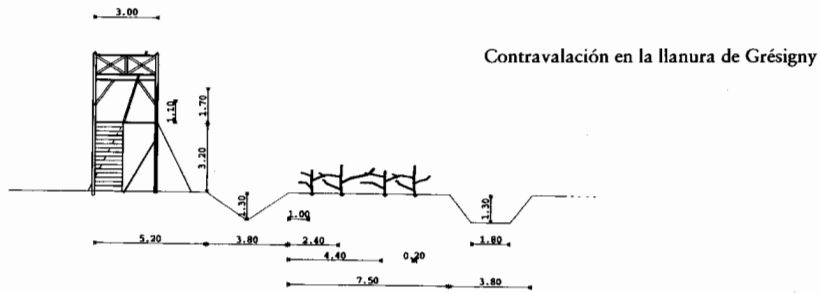
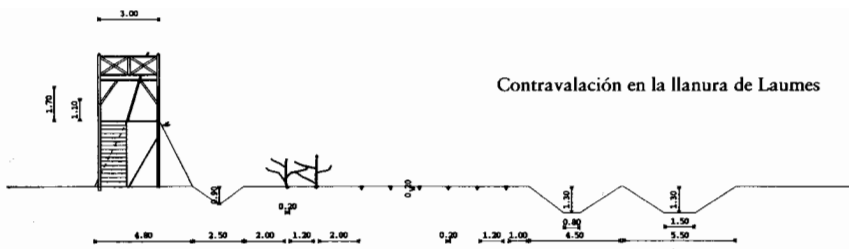


Fig. 2. Esquema de algunos sistemas defensivos de los trabajos de César en Alésia

voluntariamente falsificado, en el sentido moderno del término; el procónsul no tenía evidentemente como propósito hacer una obra de arqueología y no se debe olvidar que la noción de exactitud y de objetividad histórica no tenía el mismo valor en la Antigüedad que en nuestros días. ¿No afirma Cicerón (*De Legibus* I, 2) que la historia es un género eminentemente “oratorio” que debe ante todo emocionar al lector empleando todas las formas del *ethos* y del *pathos*? Incluso si esta concepción literaria no es exactamente la de César, y su aticismo se acerca al del maestro de historia que fue Tucídides para los lectores de la época, las descripciones del procónsul son redactadas menos para *describir* de manera precisa, como lo haría un informe de estado mayor (o de arqueólogo), que para *hacer comprender*. A este respecto, el relato de César, modelo de elegancia y de concisión estilística, vale más que nuestros largos y fastidiosos análisis. Muestra perfectamente lo que el *imperator* quería ante todo dar a entender, es decir el cuidado puesto en asediar el lugar y su ciencia de la poliorcética, que condicionan una victoria de la que César se confirma como el principal artífice.

Alesia y la arqueología militar romana

En muchos puntos, las recientes excavaciones de Alesia modifican nuestros conocimientos en materia de arqueología militar romana: en el periodo que precede a la época de Augusto, nuestros conocimientos hasta el momento se basaban efectivamente mucho más en los textos que en las excavaciones y el descrédito a veces infundido sobre los trabajos napoleónicos no arreglaba mucho las cosas. Algunos resultados merecen ser subrayados.

Sólo se han examinado realmente dos campamentos: el campamento C, identificado por dos balas de honda registrado como el de Labienus (Bénard 1996), y el campamento A, considerado sin pruebas como el de César por Napoleón III. La fotografía aérea y las excavaciones modernas concuerdan aquí para permitirnos afirmar que la forma y la superficie de los campamentos es efectivamente como nos lo revela la arqueología del Segundo Imperio. Situados sobre colinas, los campamentos de César presentan formas subcirculares que están estrechamen-

te vinculadas a las curvas de nivel, pero que difieren muy sensiblemente del modelo que se enseña tradicionalmente a los estudiantes con ayuda de Polibio y del Ps. Hyginio y al que remiten los numerosos vestigios militares conocidos bajo el Alto Imperio (Fig. 3 y 4). En cambio, son mucho más cercanos los ejemplos de la época de Augusto de Anreppen, de Beckinghausen, de Rödgen, véase el de Markbreit o el de Oberaden, *a fortiori* campamentos republicanos de Numancia (von Schnurbein 1981; Johnson 1983). Su superficie es muy pequeña: los campamentos B y C, los más grandes, apenas sobrepasan las 7 ha, un gran *castellum* como el de Bussy engloba menos de 1,5 ha. Se trata, evidentemente, de fortificaciones de campaña, en las que la acumulación debía ser considerable, pero también es probable que estemos lejos de conocer todos los campamentos de César alrededor de Alesia.

En la actualidad se conocen tres puertas, lo que nos invita a reflexionar sobre la evolución de la arquitectura militar romana a finales del periodo republicano. Lo que sorprende al primer jefe es la disimetría del marco, de un lado y del otro del pasaje, a diferencia de lo que se conoce de manera constante a partir de la época de Augusto. Parece que, al menos sobre la puerta noreste del campamento C, no se puede restituir más que una sola torre de flanqueo de la puerta. La segunda característica reside en la presencia, por ahora sistemática, de una *clavicula* interna, lo que nos obliga a remontar todo un siglo la cronología generalmente admitida para este tipo de defensa; las de Alesia no parecen sin embargo construidas con un conjunto *fosa/agger* y no comprenden más que una simple empalizada (fig. 5). En un caso, esta *clavicula* está asociada a un *titulum*, estructura ya reconocida pero muy rara (Reddé 1995).

Las dimensiones de las fosas varían muy sensiblemente de un emplazamiento a otro, en función del terreno o del objetivo propuesto. Si los visitantes de Alesia a menudo se sorprenden por la “pequeña talla” de este, se debe frecuentemente al mal conocimiento del tema: los menos extensos miden al menos 2,70/3 m. en la apertura, lo que les sitúa en una norma bien conocida por otros numerosos ejemplos (Jones 1975). Queda por decir, que estas fosas no constituyen por ellas mismas más que defensas bastante mediocres. Si existieron contraescarpas, ape-

nas aparecen más en nuestros días; e igualmente tampoco se ha encontrado rastro alguno de fosa “púnica”.

Es sobre todo por la multiplicación de obstáculos de acercamiento por lo que tienen valor las defensas de Alesia, por lo menos en los sectores más amenazados: ante la muralla de contravalación de la llanura de Laumes, las trampas –fosas, *stimuli* y *cippi*– están escalonadas sobre unos 27 m de profundidad; ante la de circunvalación se cuentan 22 m. El sistema estaba concebido para impedir al máximo el acercamiento a la muralla, lo que supone un empleo masivo de las armas arrojadas (ballestas, *pila*, hondas, flechas), encontradas en un número bastante considerable en el emplazamiento. Estos dispositivos sorprenden a primera vista porque son poco conocidos en la época de Augusto; pero un examen cuidadoso de los textos y de la documentación arqueológica muestra que responden a preocupaciones defensivas bien conocidas, lo que debe conducir a plantearse la cuestión de la identificación de tales estructuras a la hora de excavaciones en otros campamentos romanos. En Alesia, donde el texto de César era obligado, se pusieron de relieve estos obstáculos al acercamiento, a pesar de las dificultades reales. Haría falta que, por otro lado, los expertos en arqueología militar se plantearan sistemáticamente la cuestión de su existencia, lo que supone decapaciones extensivas, incluido mucho terreno delante de las fosas, en lugar de simples sondeos con los que habitualmente se contentan en estas zonas.

En cambio, las investigaciones recientes no muestran nada sobre la organización interior de los campamentos, lo que supone la existencia de simples campamentos bajo tiendas, explicación normal de por sí ya que el sitio tuvo lugar hacia el fin del verano. Así mismo, conocemos muy mal la arquitectura de los *castella* de César, que, por otra parte, apenas si han sido identificados, salvo excepción, por los trabajos del segundo Imperio. Si la fotografía aérea muestra numerosas estructuras cerradas alrededor de Alesia, estas no están necesariamente vinculadas al episodio del sitio y sólo investigaciones sistemáticas del terreno permitirían determinar su relación con el conjunto de las fortificaciones de César. Por el contrario, las excavaciones de la Römisch-Germanische Kommission han permitido poner de manifiesto, en la llanura de

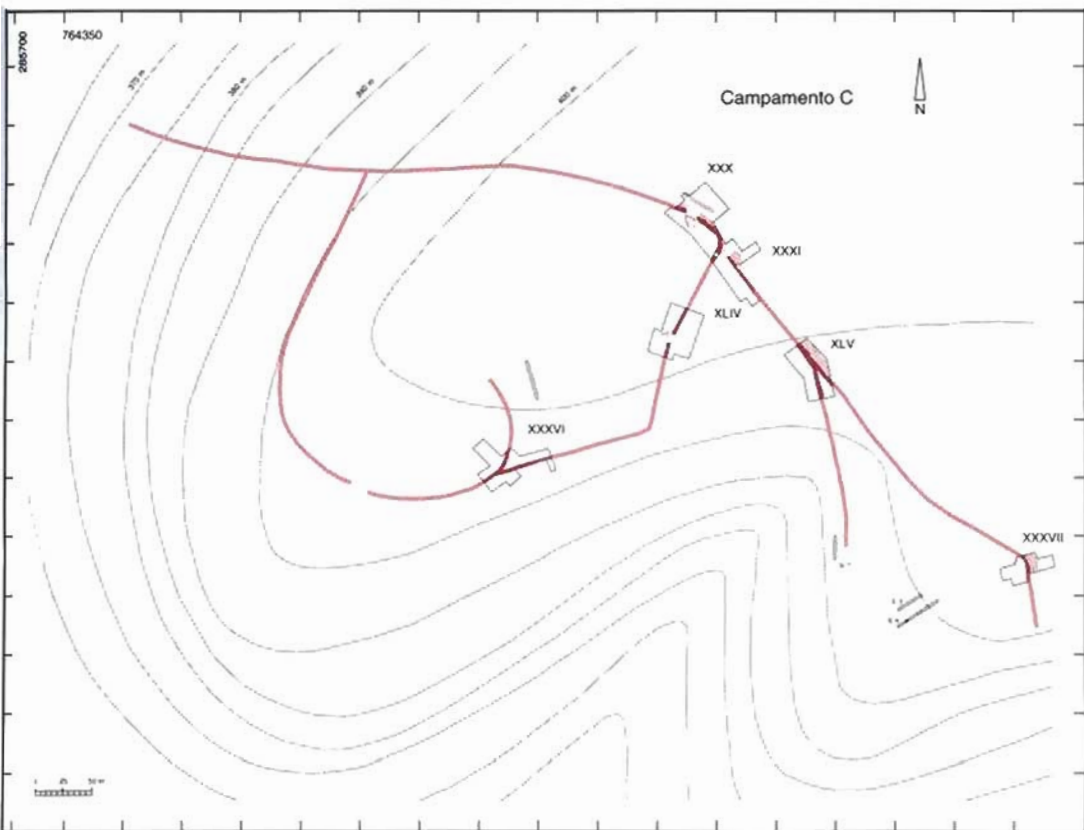


Fig. 3. Plano general del campamento C, en la montaña de Bussy

Laumes, un sistema defensivo transversal a las líneas, compuesto de una fosa y de una muralla, y en el que una de las puertas por lo menos, estaba defendida por un *titulum* en el interior mismo del espacio ocupado por los romanos. Esta estructura, sin duda construida *después* de la contravalación y la circunvalación sobre las que se apoya, tenía como función probablemente la de divisar el espacio entre las líneas, en caso de ruptura de estas; y por supuesto, servía también de campamento (fig. 6). No hay duda de que sistemas parecidos debían existir en otra parte, pero de momento, no han sido identificados.

Tafonomía y datación del material arqueológico

El material encontrado en las excavaciones de Alise constituye, en teoría, un punto de referencia fundamental para la cronología de la Tène final, tan discutida por los especialistas. En la medida en que el emplazamiento está perfectamente datado, el material asociado representa una ganga inesperada. Desgraciadamente, la cuestión es, en la práctica, menos sencilla de lo que parece.

Las excavaciones del siglo XIX han aportado un material bastante abundante, pero muy seleccionado por los excavadores: las armas y las monedas constituyen lo esencial del lote, con exclusión del pequeño equipo militar, que no parece apenas haber sido conservado, ánforas y cerámica sin duda demasiado fragmentadas para el gusto de la época. En todo caso, ya no queda rastro alguno en las reservas del museo de Saint-Germaine. Lo mismo ocurre con las osamentas de los caballos, descubiertas en abundancia, pero de las que se desconoce el destino final.

En segundo lugar, se debe constatar que los hallazgos se concentraron sobre todo en las fosas situadas al pie del monte Rhéa. Por otro lado, esto es lo que explica que estas hayan sido vaciadas por los excavadores del Segundo Imperio, que pensaban que la batalla final había tenido lugar en esta zona. Sin embargo se han formulado otras hipótesis: así se ha podido pensar que estas armas provenían de depósitos votivos, colocados voluntariamente después del sitio (Harmand 1967), véase de un santuario (Duval 1987).

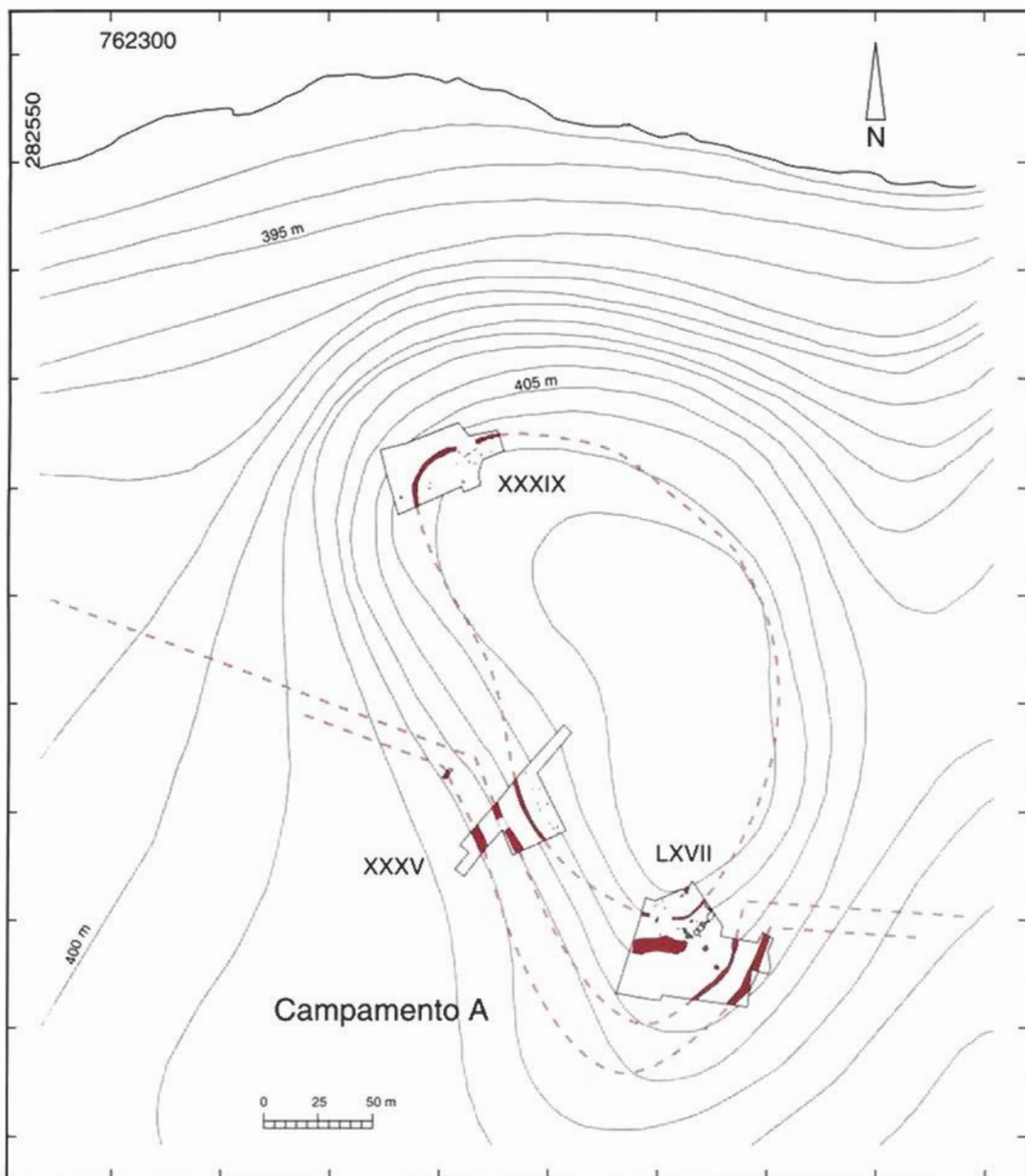


Fig. 4. Plano general del campamento A, en la montaña de Flavigny

En tercer lugar, se debe constatar la imprecisión de los datos de excavaciones del siglo XIX sobre la localización de los descubrimientos. Aunque disponemos de datos dispersos y puntuales en los cuadernos de Pernet o en los planos trazados por Millot, naturalmente no poseemos más que una documentación muy incompleta si tenemos en cuenta las exigencias de la arqueología moderna.

Esta serie de incertidumbres ha servido, naturalmente, a los detractores de la tesis de Alise: a falta de un informe documental impecable, a veces se han infundido sospechas sobre el conjunto de la colección del museo de Saint-Germain. Al contrario, provenientes de las fosas de Alise, las monedas celtas han sido consideradas normalmente por los numismáticos como elementos perfectamente fechados, aptos para basar una cronología, o por lo menos para proporcionar un término (Scheers 1977).

Se podría haber esperado a que las nuevas excavaciones solucionaran rápidamente estas diferentes controversias, proporcionando un material abundante y bien fechado. Desgraciadamente la cuestión es más compleja de lo que parece. Las diferentes campañas realizadas desde 1991 han dejado en total un material muy poco abundante, a pesar de la extensión de los trabajos realizados. Esta constatación, que sorprende al público no especialista, se explica de modos diferentes: en primer lugar, se debe observar que, salvo excepción, los suelos antiguos no se han conservado nunca. Contrariamente a lo que habíamos esperado en un principio, estos han sido casi siempre destruidos por las labores del campo antiguas o recientes, de manera que el material que podía encontrarse aquí ha sido fragmentado y dispersado, salvo cuando se ha encontrado atrapado en fosas. Así, cuando la campaña de 1996, se descubrió, el mismo día un hierro de lanza en una trampa de la llanura de Grésigny, y otro, del mismo tipo, en la tierra de labor. De esta primera observación se deducen dos consecuencias: el material conservado es raro y está colocado estratigráficamente en lugares poco propicios a la investigación. En efecto, sería científicamente inepto tamizar toneladas de tierra arable formada por las capas superficiales para descubrir material arqueológico. Sólo las prospecciones de superficie, hechas con el detector de metales, demuestran ser operativas y productivas: sobre los



Fig. 5. Vista de la puerta norte del campamento C, con su clavicula interna

campamentos de altura, han dejado un abundante material de quincalla militar y más de 200 monedas.

La excavación de las fosas de César sería más productiva, pero supondría privilegiarla en detrimento de investigaciones sobre el conjunto de las estructuras. Esto explica que las campañas llevadas a cabo desde 1991 se hayan contentado generalmente con sondeos estratigráficos en las fosas, y hayan favorecido los grandes decapados sobre los conjuntos defensivos. Sin duda, otra política habría proporcionado resultados mejores en cuanto al material, pero muy inferiores en cuanto a la arquitectura militar. Cuando, por el contrario, se vacía un segmento de fosa, se descubre una densidad de material comparable a la de las excavaciones del siglo XIX: así, cuando Napoleón III abrió las fosas al pie del Rhéa, dejando aquí y allá los bordes de estas mismas fosas intactos, Susanne Sievers pudo descubrir numerosas osamentas de caballos, de tipo mediterráneo en los restos de relleno descuidados por los excavadores del segundo Imperio. Una excavación exhaustiva realizada en 1996 en las fosas del campamento A reveló en quince metros una serie de trozos de ánforas Dr. 1 A, una bala de piedra, cuatro puntas de flechas, dos tiros de ballesta, una espuela (?), un hierro de venablo, un fragmento de espada celta y algunos objetos pequeños, es decir una densidad de descubrimientos comparable a la del siglo XIX, según los cuadernos de V. Pernet (Brouquier-Reddé 1996).

Todavía no está todo resuelto cuando se descubre material en vías de excavación. En efecto, el sitio ha sido reocupado de manera continua desde el episodio del asedio: así, una necrópolis del siglo I d. C. se instaló cerca de la puerta noreste del campamento C y su material se ha mezclado con el del sitio. Cuando estos vestigios son claramente identificados y fechados pueden ser fácilmente discriminados. Pero, tratándose de prospecciones de superficie, la duda surge a veces y, a este respecto, se debe formular una regla general de sentido común: las armas y el equipamiento típicamente militar pertenecen sin duda a la época del asedio —excepto si suponemos que Alesia no está en Alise, lo que, habida cuenta del informe actualmente reunido, no es ya seriamente defendible, o bien que ha tenido lugar en el mismo espacio una segunda gran batalla entre Celtas y Romanos, no seña-

lada por los textos—; por el contrario, puede dudarse sobre el resto del material, salvo cuando este está extrínsecamente bien fechado.

Cuando el material proviene de las fosas, se plantean otras cuestiones vinculadas al periodo de relleno de las estructuras. ¿Cuánto tiempo, en efecto, han permanecido abiertas las fosas de César? Existen distintos elementos de respuesta: en la llanura de Laumes, las fosas 1 y 2 de la contravalación fueron reutilizadas como desagüe por estructuras galo-romanas, y el relleno superior sellado por una fíbula fechable a principios de nuestra era. Esto significa que por lo menos medio siglo después del episodio del 52, las fosas estaban todavía parcialmente visibles, por lo menos en esta zona. En un segmento de la circunvalación de Bussy se descubrió, a media altura del relleno un borde de ánfora gala 4, lo que indica que la fosa estaba todavía abierta 70 o 80 años después de la rendición de Vercingétorix. Es evidente que la estratigrafía interna de las fosas debe ser seriamente considerada para apoyar una cronología del material. Para los objetos procedentes de las excavaciones del siglo XIX, también se puede, incluso sin la información precisa, considerar que las armas pertenecen efectivamente al episodio del asedio; para el resto del material, el examen debe ser metódico.

Por último, debemos recordar que el terreno en el que los legionarios de César cavaron sus defensas no estaba virgen de ocupaciones anteriores. Están presentes por todas partes niveles del Bronce medio y reciente en la llanura de Laumes y en la de Grésigny, y en las fosas de César se encuentran pequeños fragmentos de cerámica, que después de haber sido excavados para constituir el *agger*, se han deslizado naturalmente hacia las fosas del sitio, cuando se han caído las estructuras. Sobre la circunvalación de Bussy, una cabaña de la Tène media fue cortada por las líneas de César: se encuentra así una fíbula de la Tène C al fondo de una defensa romana. Por tanto, sólo un estudio atento del material permite dilucidar caso por caso.

En el estado actual del informe, ¿se puede hacer un inventario rápido del material?

Desde el punto de vista numismático, las monedas romanas son minoritarias. De las 134 que fueron recogidas en las excavaciones de

Napoleón III, 132 son denarios, 2 son quinarios, y las fechas de emisión se escalonan entre el 208 y el 54 a. C. (Popovitch 1994). Las monedas celtas son claramente mucho más abundantes, pero naturalmente datadas con menor precisión: de 466 ejemplares conservados en Saint-Germain, 3 son de oro, 243 de plata, 158 de bronce acuñado, 62 en bronce colado. A esto hay que añadir 211 piezas encontradas en prospección, de las que 4 son de oro, 34 de plata, 124 de bronce y el resto está compuesto de aleaciones (Fischer 1994). Las pocas y raras monedas encontradas en excavaciones apenas modifican esta estadística. Las acuñaciones de los Arvernos son claramente mayoritarias, seguidas por las especies de Secuanos, Eduos y Senones dentro de la recolecta de Napoleón III, proveniente principalmente de las fosas al pie del monte Rhéa; la variedad étnica es, por el contrario, mucho más grande en los campamentos, que proporcionaron lo esencial de las monedas de prospección: la explicación numismática e histórica de este fenómeno queda pendiente de ser formulada, y tampoco se comprende bien por qué las monedas propiamente romanas son minoritarias.

Por lo que respecta a las armas, S. Sievers mostró claramente que se inscribían cronológicamente en el marco de nuestros conocimientos sobre el armamento de esta época (Sievers 1994; 1996). El equipo galo comprende paragnathides de cascos, *umbones* de escudos, espadas, lanzas. Las armas romanas están mejor representadas por las puntas de venablo, los cuadrillos de ballesta, algunos raros fragmentos de *gladius*, balas de honda. Para algunas piezas, la atribución a uno u otro adversario no es siempre posible (por ejemplo, las puntas de flecha). Algunas armas presentan características germánicas innegables como los *umbones* de espolón central. Al lado de estos descubrimientos, casi siempre antiguos, las prospecciones recientes de R. Collot han proporcionado un pequeño material muy fragmentado, pero que se inscribe incontestablemente en las tipologías del pequeño equipamiento militar romano (Brouquier-Reddé 1996).

Por el contrario, no se sabe casi nada del material de cerámica, casi totalmente ausente, y siempre extremadamente fragmentado, o del material anfórico, aún muy esporádico: es posible que la vajilla utiliza-

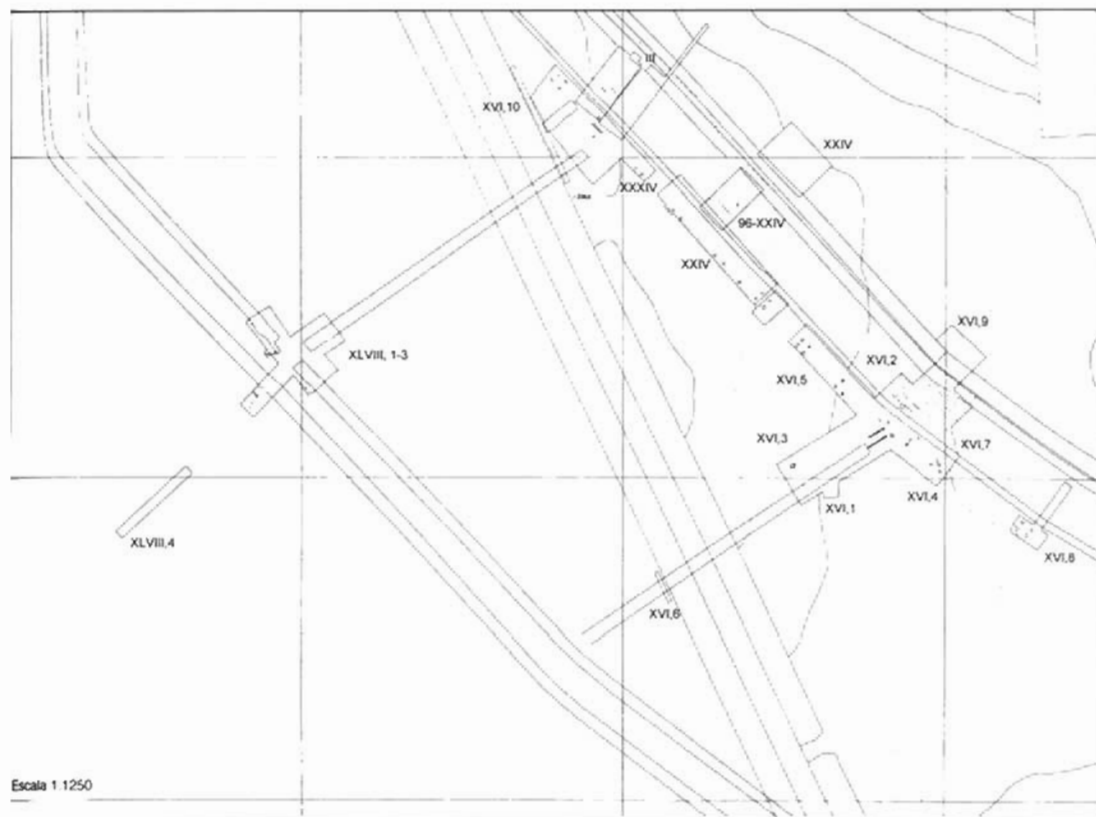


Fig. 6. El sistema defensivo de la llanura Laumes, cerca del cruce de la Epineuse

da durante este periodo de tiempo tan breve haya quedado poco rota y que, por consecuencia, no haya dejado muchos restos.

Este rápido repaso a las excavaciones efectuadas desde 1991 muestra, sin duda alguna, la gran fiabilidad del informe reunido por Napoleón III y sus hombres: el excavador actual a menudo se confunde por la observación efectuada hace más de un siglo con los métodos poco certeros de la época. Si las correcciones son evidentemente necesarias, la topografía del asedio, tal y como fue esbozada en la *Historia de Julio César*, no ha sido modificada en lo fundamental. Por el contrario, las nuevas excavaciones nos invitan a leer con otros ojos el texto de César y son ricas en enseñanzas nuevas sobre la arquitectura militar romana de la República que acaba.

Bibliografía

- BÉNARD J. 1996. *Alésia: du mythe à l'archéologie*. En M. Reddé ed. 1996: 40-65.
- BROUQUIER-REDDÉ V. 1996. *L'équipement militaire d'Alésia d'après les nouvelles recherches* (prospections et fouilles). En M. Feugère ed. 1996 (próxima aparición).
- DUVAL A. 1987. Les armes de Alésia au musée des Antiquités nationales, *Revue Historique des armées*, 2, 56-62.
- FEUGÈRE M. ed. 1996 (próxima aparición). *L'équipement militaire et l'armement de la République (IVe-Ier s. av. n. ère)*, Actes de la ROMEC X. Montpellier 1996, JRMES 7.
- FISCHER B. 1994. Les monnaies gauloises. En *Vercingétorix et Alesia*, Catálogo de la exposición, Saint-Germain-en-Laye, RMN, 292-297.
- HARMAND J. 1967. *Une bataille césarienne, Alesia*. París.
- JOHNSON A. 1983. *Römische Kastelle des I. und 2. Jahrhunderts n. Chr. in Britannien und in den germanischen Provinzen des Römerriches* (edición revisada por D. Baatz). Mainz, Philip von Zabern.
- JONES M. J. 1995. *Roman Fort Defences to A.D. 117*, BAR. British Series 1975.
- LEJEUNE M. *La dédicace de Martialis à Alise*, REA, 81, 251-260.
- LE GALL J. 1989. *Fouilles d'Alise-Sainte-Reine 1861-1865*. París, Memorias de la Académie des Inscriptiōne et Belles-Lettres, nouv. série IX.
- POPOVITCH L. 1994. Les monnaies romaines découvertes dans les fouilles du siège d'Alesia. En *Vercingétorix et Alesia*, Catálogo de la exposición, Saint-Germain-en-Laye, RMN, 301-306.
- RAMBAUD M. 1953. *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*. París, Anales de la Universidad de Lyon, Lettres fasc. 23.
- REDDÉ M. Y VON SCHNURBEIN S. 1993. Fouilles et recherches nouvelles sur les travaux du siège d'Alesia, *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptiōne et Belles-Lettres* 281-314.

- REDDÉ M. y VON SCHNURBEIN S. 1995. Fouilles et recherches nouvelles sur les travaux de César devant Alésia (1991-1994). Neue Ausgrabungen und Forschungen zu den Belagerungswerken Caesars um Alesia (1991-1994), *Bericht der Römisch-Germamischen Kommission* 76, 73-158.
- REDDÉ M. 1995. Titulum et clavicula. A propos des fouilles récentes d'Alesia, *Revue Archéologique de l'Est*. 46, próxima aparición.
- REDDÉ M. (ed) 1996. *L'armée romaine en Gaule*. París, Errance.
- SCHEERS S. 1977. *Traité de numismatique celtique II. La Gaule Belgique*. París.
- VON SCHNURBEIN S. 1981. Untersuchungen zur Geschichte der römischen Militärlager an der Lippe, *Bericht der Römisch-Germanischen Kommission* 62, 5-101.
- SIEVERS S. 1994. Les armes d'Alésia. In *Vercingétorix et Alesia*, Catálogo de la exposición, Saint-Germain-en-Laye, RMN, 270-290.
- SIEVERS S. 1996. Armes celtiques, germaniques et romaines: ce que nous apprennent les fouilles d'Alesia. En M. Reddé ed. 1996, 67-80.